Literatura contemporánea.

A mis hermanos.

Fatigado del áspero camino,
—bien conocidas rutas de montaña—,
en la casa solar dulce descanso
mi espíritu y mi cuerpo por fin hallan.

En el portón, cuyo arco sobrecoge
la vanidad de las talladas armas,
me aguardaban leales servidores:
del portalón los ecos mis pisadas
despertaron, los ecos que dormían
esperando quizá vuestra llegada.

Solitario recorro los *carrejos*,
recorro, familiares, las estancias,
donde con el recuerdo de los idos
para siempre, los vuestros también vagan,
y hasta el hogar confortador me llego;
el fuego cruje en dislocadas llamas,
cual la luz del sagrario arde peremne,
del amor familiar, mística lámpara.

Siento feliz su venturoso temple,
mientras mi vieja vida ante mí pasa
en recuerdos que, secos ya e inútiles,
arrojó al crepitar de la fogata.

Miro todas las cosas y parece
que inmóviles mi vuelta barruntaran;
todo igual permanece: los retratos
penden de las paredes en la sala;
el magistrado, el general, la monja,
el obispo, e inmóviles sus caras

eternizan un gesto que en su vida
fuera fugaz momento: si lograra
el hombre así parar el tiempo... En piedra
convertiría su corriente rauda,
en aquellos momentos que la vida
discurre bajo alisas sosegada.

Tal este en que se hunden mis pupilas
en el ambiente de la vieja casa,
y espiritual y muda compañía
sospecha en dulce soledad el alma.

¡Semblantes familiares de las cosas,
evocadores de memorias santas!
En vosotros aun viven mis pasados
y los ámbitos llenan de la casa.

Estos los libros son cuya lectura
quizá en plácidas horas solitarias,
sembrando de inquietudes sus espíritus
de su vivir la ruta desviaran,

¡horas en que el arcano de mi vida
en el nido del tiempo se fraguaba!
los pliegues de pesados cortinajes
de sus manos las huellas firmes guardan
y aun de sus cuerpos el calor conservan
las blancas ropas de las viejas camas.
Aun en el recio piso de castaño
despierta mi pisar de sus pisadas
los ecos, aun el Cristo marfileño
cual las suyas escucha mis plegarias.

El familiar paisaje considero
en la solemne paz de la solana
en tanto que el ambiente vespertino
de emocionada gravedad se empapa.

En la adusta barrera de estos montes
también se estrellarían sus miradas,
mas no con ambiciones ni inquietudes
querrían cual las mías traspasarlas...

Aquiétese mi espíritu y reciba
como mensaje de ellos esta calma,
sienta mi sangre el dulce imperativo
de mi gloriosa tradición aldeana.

Cual poza bajo helechos, tal mi vida
escondida, dichosa y en paz yazga,
profunda en ella el cielo se retrate
y tiemblen las estrellas en sus aguas.
...En útiles labores de la tierra
mi distraída actividad se esparza:
yo en Virgilio aprendí, cuales convienen
diligentes cuidados a las vacas,
en qué estación las útiles colmenas
y con qué astuta precaución se castran,
bajo qué luna con la vid el olmo
robusto y gentilísimo se casa,
cual se maza en los odres la manteca
y como el queso fermentado cuaja,
cuando la dura reja del arado
ha de romper la tierra temperada,
que pastos les conviene a las ovejas,
y entre que riscos saltarán las cabras.

De morada tendré la que convenga,
de lecho y mesa sobrio lo que basta,
la docta antigüedad su mejor fruto
del pensamiento ofrecerá a las ansias,
de un ascético libro sentencioso
rumiaré cada día las palabras
y no temblará el alma al enfrontarse
con el incierto fin de la jornada...

La ruda compañía de aldeanos,
preciaré más que la elocuencia vana
de eruditos amigos, su experiencia
de la vida ayudarme ha a conllevarla.

A esta paz os invito, hermanos míos,
alerta mi cariño aquí os aguarda;

se que algún día golpearéis las puertas
de la tranquila solariega casa:
¡plegue a Dios que al franquearla, en vuestro rostro
no lea de ilusiones fracasadas,
que denuestos al mundo en su corriente
nunca arrastre a la costa el patrio Nansa!
anhelo de descanso tras el triunfo
signifique, dichosa, vuestra estancia,
¡veréis feliz entonces la casona
cual para festejaros se engalana!

José M.ª de Cossío.